

INSTINTO DE LIBRERA / EVA COSCULLUELA

Negra y criminal

Cuando a los 27 años tuvo que buscar trabajo en Navidad como vendedora de juguetes en los almacenes Bloomingdale's, Patricia Highsmith (Texas, EE. UU. 1921-Locarno, Suiza, 1995) no podía imaginar que años después sería considerada como la gran dama de la novela de suspense y que cineastas como Alfred Hitchcock (con Raymond Chandler como guionista), Claude Chabrol



Portada de Highsmith.

o Wim Wenders dirigirían adaptaciones de sus obras. Sólo unos días antes había entregado a Harper & Brothers el manuscrito de su primera novela, 'Extraños en un tren', que la llevaría a ser reconocida y admirada. Una niñez solitaria y aislada de los demás –que ella misma definía como «un infierno»–, y un permanente conflicto con su madre –que presumía de haber intentado abortar bebiendo aguarrás para evitar que naciera–, modelaron su carácter huraño y misántropo. Desde 1963 vivió, casi siempre sola, en Europa (Inglaterra, Italia, Francia y finalmente Suiza), donde fue mucho más valorada que en su país natal (Francia la nombró Caballero de la Orden de las Artes y las Letras en 1990).

Aunque siempre renegó de las etiquetas de género que la clasifican como escritora de suspense, su obra indaga en los

mecanismos psicológicos del mal, en la culpa, en las obsesiones que convierten a una persona corriente en alguien capaz de lo peor. De ahí surge el motor de sus historias: Highsmith quiere saber por qué lo hacen, qué hace falta para que un ser humano sea capaz de transgredir sus convicciones más íntimas. Sus protagonistas no son detectives ni investigadores: son antihéroes, personajes ambiguos, fronterizos, que se ven en situaciones que los empujan a ir demasiado lejos. Y casi siempre van. El más famoso es Tom Ripley, falsificador, estafador, manipulador y asesino, que protagoniza una serie de cinco novelas.

En la estupenda colección 'Compendium' que Anagrama destina a recoger varias obras de un autor en un volumen (en ella se ha publicado obras de Carrère, Douglas Adams, Bukowski, Carver, Roald Dahl, Fante, Kerouac o Burroughs) aparece 'Relatos', que reúne los cinco primeros libros de cuentos: 'Once', 'Pequeños cuentos misóginos', 'Crímenes bestiales', 'A merced del viento' y 'La casa negra' (traducción de Maribel de Juan, 888 páginas). Son historias perturbadoras, desasossegantes, crímenes perfectos (o no tanto) en los que cada pieza está encajada con la precisión de un relojero.

CROMOS DE LUZ / ANTÓN CASTRO

Julio Antonio Gómez

Quizá fuesen José Antonio Labordeta o Rosendo Tello (que acaba de publicar un libro maravilloso: 'Apología simbólica del jardín'), quienes me hablaron hace casi 30 años del poeta Julio Antonio Gómez, que acababa de morir en Canarias, donde trabajó en el bar nocturno Flamingo. Hacía años que se había ido de la ciudad. No sé si fueron ellos también o el poeta Ángel Guinda quienes



J. A. Gómez por Alcón.

recordaron a María Crespo, su ama de llaves, que acababa de quedar viuda y sigue viviendo en su casa de Tenor Fleta.

Conseguí el teléfono y concertamos una visita. Me mostró muchas cosas. En primer lugar su cuarto, sus objetos, sus manuscritos y también aquellos tarjetones o 'plaquettes' donde había publicado muchos de sus poemas. Con los papeles había muchas fotos: de todo. De infancia, de las afueras de la ciudad, de paseos, de los años del Niké, adonde había llegado hacia 1954 e iba a convertirse en su morador más transgresor y divertido, algunas instantáneas de París y muchas de escritores. Unas eran suyas y otras de su gran amigo y colaborador Joaquín Alcón, que fue, entre otras cosas, su maestro de rarezas musicales y de fotografía.

A medida que íbamos viendo aquellos tesoros humildes, María Crespo me con-

taba la historia de aquel hombre tan peculiar: hablaba de él como de un hijo, de un cómplice, de alguien que intuye que vive peligrosamente y al que hay que proteger todo el tiempo.

De Julio Antonio Gómez salían cosas curiosas: cartas, dedicatorias (entre ellas las de Alexandre, Celaya, Blas de Otero, Amparixu Gastón y Gloria Fuertes), pero también textos autobiográficos sobre sus años en París y su

pasión por Leo Ferré. Vi dos o tres o cuatro ejemplares de la revista 'Papageno', donde había publicado 'Oficina de Horizonte' de Miguel Labordeta. Por allí andaban algunos libros de la impecable edición de Javalambre, entre ellos su mejor poemario, 'Acerca de las trampas'.

En un cajón, también había un racimo de poemas, 'El fuego de la historia', de sus años en Tánger, cuando quiso montar un estudio de fotografía. Me fui de allí con la sensación de haber realizado un viaje encantado y a la vez dolorido. Para Julio Antonio Gómez (1933-1988), que debió ser señorito en algún momento, la vida no fue noble ni buena ni sagrada, como dijo Lorca y como declamaba Luis Felipe Alegre, quien recitará esta tarde, a las 19.30, en el Museo Pablo Serrano, a este poeta y editor excesivo, sensible y trágico, y lector de San Juan de la Cruz.